

# La intrahistoria rescatada

TOMÁS YERRO VILLANUEVA

El concepto de patrimonio histórico ha ido evolucionando con el correr del tiempo. Muchas personas todavía continúan entendiendo por patrimonio sólo el conjunto de bienes materiales recibido de las generaciones precedentes. En las últimas décadas este concepto clásico se ha visto sobrepasado y ampliado por la experiencia. Se tiene la convicción de que el patrimonio no se halla ligado en exclusiva a los objetos, ni mucho menos. Hoy se tiende a configurarlo como el resultado de la dialéctica que se establece entre el hombre y el medio, entre la comunidad y el territorio. Elementos culturales y ecológicos conforman, pues, una unidad indisoluble. El patrimonio ya no está constituido únicamente por los monumentos y objetos artísticos del pasado que cuentan con un reconocimiento oficial, jurídico, sino también por las manifestaciones, a menudo menos visibles a simple vista, que reflejan la identidad colectiva: tradiciones populares, formas de vida, creencias, hablas locales, etcétera. Deviene, en consecuencia, un concepto dinámico que evoluciona, se transforma y enriquece de forma continua, capaz de englobar los testimonios heredados y los contemporáneos, todos los cuales expresan la vida de una comunidad y su desarrollo. Por otra parte, el patrimonio adquiere un valor utilitario, difícil de cuantificar, al dejar de ser un bien en sí mismo para pasar a ofrecerse como un servicio a la población y como un signo de calidad de vida para los ciudadanos. De ahí que se generalice el uso social del patrimonio, reservado hasta fechas recientes a una minoría ilustrada o supuestamente ilustrada. Por el bien de todos, el patrimonio histórico interviene, o al menos debería intervenir también, en la construcción del futuro.

Entre los aspectos caracterizadores del uso social del patrimonio, cabe destacar la adquisición de bienes, la documentación e inventario, la preservación, la investigación y la difusión. Casi todas estas labores, no siempre fáciles de coordinar al unísono, son de cabal aplicación tanto al campo del patrimonio histórico inmobiliario como mobiliario. Al primero pertenecen los monumentos megalíticos, las termas, los puentes, los acueductos, los arcos triunfales, los castillos, los palacios, las catedrales, los monasterios y conventos, las iglesias, las ermitas, los cruceros, los lavaderos, los molinos, las calzadas, las cañadas, etcétera. Al ámbito mobiliario se adscriben diversas obras de valor histórico y artístico, por ejemplo las esculturas, las pinturas, la orfebrería, los tapices y piezas arqueológicas y etnográficas muy heterogéneas. La salvaguarda de la cultura popular encierra dificultades añadidas por hallarse la mayoría de sus manifestaciones muy erosionadas por el paso del tiempo o en vías de extinción y, en fin, por guardarse muchas de ellas en documentos inéditos, en objetos descontextualizados de su función primigenia y en el brumoso universo mental de las comunidades dada su naturaleza inmaterial e intangible. Estudiar el complejo sistema de normas, estructuras y funciones que singularizan el modo de vida de una comunidad exige, en consecuencia,

pesquisas muy diversas que se atengan a los procedimientos de la observación y la información, según recomendaba don José Miguel de Barandiarán en la conocida encuesta encaminada a elaborar el futuro Atlas Etnográfico de Vasconia, aún en marcha. Encuesta ejemplar en la que, por cierto, se incluye un apartado dedicado a recoger leyendas y cuentos.

Coincidiendo con la configuración de la España de las Autonomías, se produjo una progresiva toma de conciencia de la sociedad hacia su legado cultural, estimado en muchos casos como la prueba más fehaciente de unas reales o pretendidas ‘señas de identidad histórica’, fórmula repetida hasta la náusea. Los programas e inversiones puestos en marcha por diferentes Administraciones confirman la importancia otorgada a un ámbito de la cultura preterido, durante demasiado tiempo y con notables excepciones, por los poderes públicos y la ciudadanía. Con excesiva frecuencia se ha ignorado que la conservación y la divulgación del patrimonio histórico no pueden ser cometidos de exclusiva competencia y responsabilidad pública: exigen grandes energías sociales, recursos económicos muy cuantiosos y, sobre todo, una sensibilidad atenta y vigilante de todos los ciudadanos, para así lograr el mantenimiento de lo que a ellos les pertenece.

La recuperación de las peculiaridades de la cultura popular, vinculadas por regla general al ámbito rural, resulta muy perentoria debido a la inexistencia actual de muchos de sus componentes y a su acelerado, y ya mencionado, proceso de declive y extinción, favorecido por unas sociedades, preferentemente urbanas, que tienden a la uniformidad de usos y costumbres a escala incluso planetaria. Acometer esta labor en unas comunidades amnésicas desde el punto de vista histórico y marcadas por los dictados de la globalización, como son las del naciente siglo XXI, requiere un coraje intelectual extraordinario. Luchar a contracorriente en un mundo regido por el más crudo pragmatismo económico, el triunfo fácil, la búsqueda obsesiva del aplauso y la práctica de comportamientos espectaculares, vacíos y efímeros, exige hoy una fortaleza interior poco común. Lejos de cualquier actitud cívica arqueológica, arcaizante y estéril, intentar recuperar algunos destellos del pasado no implica su reproducción literal. Como tampoco de volver la vista atrás con ánimo constructivo se deriva la transformación de las personas en bíblicas estatuas de sal. Por el contrario, la necesidad de recurrir al pasado para afianzar la propia identidad, individual y colectiva, es un fenómeno universal. Es más: sin pasado común, sin acuerdo presente sobre la memoria, no es posible hablar ni de comunidad ni de cultura. Al fin y al cabo, la cultura es una forma de la memoria. Más todavía, “La lucha del hombre contra el poder –escribe Milan Kundera– es la lucha de la memoria contra el olvido”, resultado de una actitud de profundo inconformismo frente a los discursos, con tendencia uniformadora, de la política, la religión y la economía.

En sintonía con los principios esbozados, los mendavieses Ángel Elvira y María Inés Sainz han dado sobradas muestras, desde hace muchos años, de su preocupación por la Cultura y por la cultura popular en particular, a la que han dedicado muchos de sus mejores afanes. Las acreditadas capacidades pictóricas de Ángel, aliadas con la curiosidad investigadora de María Inés, han alumbrado un tándem intelectual de primer orden. En su bibliografía conjunta es necesario destacar títulos tan atractivos, y no siempre bien comprendidos, como *Álbum de Mitos y Leyendas de Guipúzcoa* (1980), *Vocabulario mendaviés* (1995), *Mendavia: Crónicas en gris y negro* (1996), *Anecdotario mendaviés: Entremeses de la Ribera de Navarra* (1996), *Toponomástica histórica en Tierra Estella y Valdezarbe* (2002) y una larga serie de colaboraciones periodísticas sobre folclore e historia de Navarra publicadas en la prensa diaria.

El objetivo básico de toda su trayectoria queda resumido por los autores en el prólogo de *Anecdotario mendaviés*: “Quizá sea el conjunto de todo esto lo que nos ha marcado a través de la historia y nos ha hecho tal como somos, una gente que con defectos y virtudes vamos sacando adelante este pueblo que heredamos de nuestros mayores y que debemos conservar y mejorar para generaciones futuras”. Tal declaración programática de principios antropológicos se aplica también a *León con alas de mariposa: 100 viejas historias de Tierra Estella*. A través de un racimo de breves viñetas, los autores realizan una larga y atrayente travesía integrada por leyendas, tradiciones popu-

lares e historias bien documentadas. Cuando abordan la historia, les importa más la intrahistoria o cara B de la historia, la oculta y menuda, que la Historia oficial con mayúscula, es decir, el acercamiento a una amplia gavilla de personajes anónimos del pueblo o a personajes más conocidos pero sorprendidos en zapatillas, en situaciones casi domésticas, alejados de la pompa de las ceremonias públicas y de los gestos impostados ante la galería. A propósito de un notable suceso histórico escriben: “De la Guerra de la Independencia (1808-1812) conocemos los importantes hechos y batallas, sin embargo las situaciones personales de los habitantes de los pueblos quedan desdibujados ante los grandes acontecimientos” (página 119). Y más adelante añaden: “Las disposiciones testamentarias de los hidalgos de la merindad nos dan a conocer pequeñas crónicas que, sin ser relevantes hechos históricos, son decisivas para saber cómo era la vida hace casi quinientos años” (página número 95).

Se le muestra a la curiosidad del lector un amplio fresco de los mitos, valores, creencias, inquietudes, usos y costumbres de las gentes enraizadas durante siglos y siglos en Tierra Estella de Navarra, territorio de transición geográfica y cultural entre la Montaña y la Ribera, circunscrito a la Ciudad del Ega y su merindad, que en épocas pasadas constituyó una unidad administrativa y política muy compacta. Una merindad, atravesada por el fecundante Camino de Santiago, que ha sido objeto de estudios históricos muy concienzudos por parte de, entre otros muchos, Francisco Eguía y Beaumont, Baltasar Lezáun y Andía, José María Lacarra, José Goñi Gaztambide, María Concepción García Gainza, Juan Cruz Labeaga, Román Felones y Javier Iturbide. Un territorio transitado literariamente por Francisco Navarro Villoslada, Benito Pérez Galdós, Ramón María del Valle-Inclán, Pío Baroja, Vicente Blasco Ibáñez, Gustavo de Maeztu y, en fechas más recientes, José María Iribarren, Pablo Antoñana, Juan Ramón Corpas y Ángel de Miguel.

El marco cronológico de las leyendas, anécdotas históricas y episodios biográficos oscila entre los siglos VIII y XIX de nuestra era. Sólo la biografía del paleontólogo Máximo Ruiz de Gaona (1902-1971) elude la condición de ‘historia vieja’ “a causa de su gran importancia y el escaso conocimiento que de su obra científica se tiene en la comarca” (página 185). Como no podía ser menos al tratar asuntos relacionados con las tradiciones populares, con frecuencia se apela a referencias temporales imprecisas o a una cronología casi mítica, según se deduce de frases como “en tiempos remotos”, “hace muchos siglos”, “desde tiempos antiguos”, “desde tiempo inmemorial”, “en tiempos pasados”, “desde la antigüedad”, etcétera. Conscientes de la dificultad inherente a la datación, Elvira y Sainz escriben: “En tiempos tan lejanos y tumultuosos, las fechas y los personajes son un tanto confusos, pero según viejas crónicas, de Abárzuza salió el que fue primer rey de Navarra” (página 75).

La pretensión autorial no es, en sentido estricto, de naturaleza literaria ni tampoco puramente historiográfica. Se trata más bien de un texto híbrido, fruto de múltiples investigaciones de campo, de consulta de muy variados informantes y, al mismo tiempo, de indagación de primera mano en archivos municipales, parroquiales y particulares. Sea cual sea el episodio abordado, los redactores siempre mencionan las fuentes manejadas. En ocasiones el relato llegó a sus oídos por la vía del rumor, de la creencia extendida entre las gentes, formulada en expresiones como “decían”, “dicen”, “se dice”, “cuentan que”, etcétera. A menudo se recurre a la tradición como suministradora de historias: “antiguas tradiciones navarras”, “cuenta la tradición”, “la tradición popular”, “hermosa tradición”, “vive la fama” y otros clichés lingüísticos análogos. La naturaleza legendaria y maravillosa de la narración se registra en algún caso de manera expresa: “suceso extraordinario”, “raro prodigio”, etcétera. La aportación del testimonio oral del informante asoma en varias páginas: “en la actualidad, personas que asistieron a los rituales lo comentan como anecdótico, pero dicen que en su día tuvo su efecto favorable” (página 199), “En Arróniz relatan...” (página 39), “Desde esta ermita aseguran los del pueblo [de Lerín]...” (página 159), etcétera. Frecuentísimas son las ocasiones en las que, por el contrario, la reconstrucción de la situación o la anécdota remite, de manera literal o en forma de paráfrasis, a documentos públicos y privados tan heterogéneos co-

mo partidas de defunción, hojas de servicios, partes de guerra, cartas, libros municipales, sumarios de procesos judiciales, libros de alcabala, testamentos, etcétera. Con menor frecuencia se citan libros concretos, como la *Crónica* del Licenciado Juan de Amiax, los célebres *Anales del Reino de Navarra*, del Padre Moret, y el *Ramillete de Nuestra Señora de Codés*, firmado por un beneficiado. Por extraño que parezca, los signos encontrados en la puerta de un corral o en la pared de las escuelas de un pueblo pueden ayudar a confirmar un dato. El hallazgo arqueológico se erige de cuando en cuando en la prueba ratificadora de determinadas afirmaciones. En definitiva, Sainz y Elvira aplican a su trabajo un saludable rigor científico para no confundir al lector: “Lo que voy a redactar no es cuento ni una leyenda, es una historia escrita en un antiguo libro de la villa de Viana, hoy ciudad” (página 23). Sin renunciar a la precisión informativa, los recopiladores muestran unos materiales elaborados y condensados con enfoque divulgativo, fáciles de degustar por paladares muy diferentes.

Las historias aquí reunidas se publicaron por primera vez en las páginas de *Diario de Navarra* entre el 14 de octubre de 1999 y el 25 de agosto de 2002. El amplio corpus investigado y la variedad de sus primeros destinatarios explican, por tanto, la diversidad de los temas tratados, que pueden agruparse del siguiente modo: 1) hechos históricos, batallas y personajes ilustres, entre los que figuran antiguos reyes de Navarra, aristócratas, humanistas, generales carlistas, etcétera; 2) leyendas de carácter piadoso y profano –ambientadas en castillos, cuevas, simas y descampados– protagonizadas por numerosas advocaciones de la Virgen María y santos vinculados a la merindad de Estella, en las que predominan los ingredientes del misterio, la fantasía, el portento y el milagro, casi siempre enmarcados en monumentos de considerable interés histórico y artístico, como iglesias, ermitas y palacios; y 3) estampas de la vida cotidiana, regida por leyes eclesiásticas y civiles, entre las que sobresalen los robos y los conflictos resueltos ante los tribunales. La presencia multi-secular de la Iglesia Católica y la impregnación de sus valores religiosos en las gentes sencillas de los pueblos predominan en muchas historias. De ahí que en el relato efectuado desde las coordenadas culturales actuales, empapadas de secularización y espíritu laico, se consigne el enfriamiento de ciertas devociones o el contraste entre el pasado esplendor de determinados monumentos y su deterioro, ruina o desaparición en nuestros días, señal inequívoca de los cambios operados en el universo colectivo de creencias con el correr de los siglos. Muy sintomático resulta que un antiguo recinto sagrado cumpla hoy funciones de corral o que, como excepción, quede constancia de una ermita recién restaurada. Sólo con carácter aislado y muy selectivo se da cuenta de la pervivencia de algunas devociones piadosas entre los habitantes de la merindad. Por otra parte, es destacable el documentado y ameno relato de fogonazos que reflejan la dureza de la lucha por la supervivencia en épocas más o menos remotas, que a menudo estalla en brotes de violencia, y no sólo en las guerras. Lo pintoresco, lo curioso, lo estrafalario, la tragedia, la tragicomedia, el milagro, el portento y lo maravilloso se cuelan a raudales por los intersticios del libro, fiel reflejo de un espíritu y de un modo de ser comunitario que, aunque muy atenuado, proyecta su sombra en el presente por dar cuenta y razón, como no podía ser menos, de las virtudes y pasiones inherentes a la condición humana.

Aunque la obra no responde a una voluntad literaria, es destacable en ella el empleo de un estilo preciso y sencillo a la vez, dotado del aroma de la lengua oral, rasgo visible también en la estructura lineal y transparente de las narraciones. Otra parte sustantiva del libro está formada por las ilustraciones de Ángel Elvira, quien consigue transmitir a sus dibujos un aire popular, con detallismo de orfebre y candor de antaño, fruto de un estilo muy singular, inconfundible, muy profesional y nada improvisado. Su materia plástica forma una argamasa inseparable de los relatos.

Con este libro, Ángel Elvira y María Inés Sainz se incorporan por derecho propio a la selecta y discreta nómina de investigadores afanados en sondear la identidad de una comarca poseedora de una personalidad muy específica. Los lectores desocupados, curiosos y sensibles tienen ahora la palabra para disfrutar por primera vez o deleitarse de nuevo con tradiciones que hablan de costum-

bres, ritos y sentimientos sorprendidos en momentos vitales de gran intensidad y expresividad. A otros exploradores especializados les corresponde la labor de integrar tan ricos materiales en un estudio comparativo de las culturas, ejercicio muy higiénico para conjurar la tentación de narcisismo. Los eventuales lectores jóvenes de *León con alas de mariposa: 100 viejas historias de Tierra Estrella* descubrirán un universo cultural que les es desconocido; los adultos, y con mayor razón si son pobladores u oriundos de los escenarios descritos, tal vez se conmuevan recordando su propia infancia, sus raíces más personales y experiencias indelebles relacionadas con la cosmovisión desprendida del ir y venir de unas gentes perseguidas desde antiguo por el hambre y la guerra, y aliadas a ráfagas por comilonas, relatos maravillosos y acendradas convicciones religiosas.

Los ciudadanos actuales –hartos de escepticismo, pragmatismo y desorientación íntima– a buen seguro que pueden beneficiarse de este cúmulo de historias sólo en apariencia intrascendentes. Acercándose a los relatos sin estériles nostalgias, por momentos se vislumbra en sus numerosos recodos la armonía del hombre con la naturaleza y la búsqueda afanosa de la felicidad iluminada por la trascendencia. Qué gran lección de cultura y de vida.

Tomás Yerro Villanueva  
Navidad de 2002